

## UN CUENTISTA ALEMÁN

« En nuestra literatura no se conoce el verdadero cuento, porque nosotros no tenemos las cualidades intelectuales que para gustar de él se necesitan. — EDOUARD DE MORSIER ».

Monsieur Edouard de Morsier tiene razón. — Los escritores de raza latina ya no saben « contar ». La historieta sencilla, fresca y amable, la buena historieta que nació en Roma y que entretuvo á nuestros abuelos, ha emigrado desde hace muchos lustros de los países meridionales, para refugiarse entre la bruma fría del Norte.

Los cuentos italianos, franceses ó españoles de esta época, son epigramas rápidos que provocan sonrisas maliciosas, ó novelas abreviadas que conmueven de un modo intenso, pero ya no son cuentos en el verdadero sentido de la palabra. Los cuentos alemanes, en cambio, son relatos seguidos que comienzan diciendo : « éste era un rey »... y que terminan por una consideración filosófica ó moral. — Pablo Heyse es una prueba de lo que digo. Leed una de



sus *geschichtes* después de haber leído una *nouvelle* de Maupassant, y notaréis sin dificultad la diferencia literaria que hoy existe entre la narración bárbara y el relato románico.

\* \* \*

Maupassant coge á un personaje, le analiza, le da á conocer físicamente por medio de imágenes, le hace gesticular, le obliga á que cuente su vida ante el público, le fuerza á vivir, le pone en escena dos ó tres veces y le rodea de varias personas secundarias que dan relieve á su figura ayudándole á obrar de un modo gráfico. El diálogo es para él un recurso. Las descripciones minuciosas son bastidores. Cada número romano que indica nuevo capítulo, es un entreacto. El cuento resulta, así, un verdadero drama « referido » cuya acción no dura más de media hora.

Heyse se sienta en una butaca, enciende su pipa, reúne sus recuerdos, sonríe, tose, suspira, y luego empieza la historia de su tía la baronesa ó de su abuelo el coronel, sin omitir detalle alguno y sin cuidarse para nada del auditorio. De vez en cuando uno de los que escuchan le interrumpe para preguntar cuántos hijos tenía la criada de la heroína ó cuántas veces se batió el héroe; Heyse abre entonces un paréntesis de diez minutos con objeto de responder, y en seguida continúa. Su historia es larga, sincera y graciosa. Para oírla con interés, sin embargo, es necesario no tener preocupaciones, no tener tristezas, no tener nervios.

El primero escribe para un público ligero y enfermizo; el segundo, para un país sano y trabajador. Ambos tienen gran talento y ambos son artistas de gran mérito; pero mientras el parisiense es un enamorado febril que roba cuartos de horas á las marquesas, el alemán es un patriarca dulce y tranquilo, que charla con los burgueses de su barrio durante mucho tiempo para ayudarlos á digerir la cena y para darles el aperitivo del ensueño.

\* \* \*

El mejor cuento de Heyse se intitula: *In Grafenschloss (En el castillo condal)*.

Comienza así: « Hace un año, por el otoño, yo regresaba, al anochecer, de una aldea en donde había estado de caza y me dirigía hacia la ciudad de B..., cuando de pronto, al atravesar la selva, acordéme de que allí cerca se encuentra el castillo de los condes X... Pregunté al primer campesino que por casualidad acertó á pasar junto á mí, cuál era el camino que para ir á la noble vivienda debía tomarse, y éste me dijo que era el de la derecha. Entonces me decidí á ir á hacer una visita al conde Ernesto que había sido mi compañero de colegio y que, según mis cálculos, debía encontrarse á la sazón en sus dominios rústicos. Así lo hice. Seguí un sendero y al cabo de veinte minutos llegué al lugar deseado... »

La impresión que produce el castillo en el alma del viajero, es triste y angustiosa. Á primera vista, todo parece en él vacío. Sus muros fríos están cubiertos de hierba. Las ventanas carecen de vidrie-



ras. Las torres han perdido sus flechas y sus cruces. Sólo el puente levadizo está abierto. El viajero lo atraviesa, y apenas entra en el gran patio desolado, varios perros comienzan á ladrar. Ese ruido despierta al castillo; una viejecita aparece al fin por una puerta, baja con una antorcha en la mano y se dirige el peregrino diciéndole que el conde Ernesto no se halla en el palacio, pero que si lo que desea es comer y descansar, ella misma va á prepararle la cena mientras él descansa en un sofá del salón.

El viajero acepta. — La mesa servida y el vino en el vaso, la viejecilla toma asiento junto al huésped, y después de llenarse las narices de rapé, comienza á referir la historia de sus amos:

— ¡Si usted supiese, mi buen señor, todo lo que ha sucedido durante los últimos años!...

Y su relato, lleno de detalles sencillos, de observaciones ingenuas, de pinturas prolijas, de frases bonachonas y de palabras repetidas inconscientemente, dura toda la velada.

La acción del cuento es parsimoniosa y conmovedora.

Mientras Ernesto se encuentra en la universidad de Hamburgo estudiando filosofía y letras, su padre, el conde X..., toma, como camarera, á una joven de buena familia que por casualidad ó por de gracia se encuentra en la miseria. La joven es hermosa; tiene una voz muy dulce, unos ojos muy azules, una boca muy fresca y un cuello muy blanco, muy tibio, muy redondo. Además, se llama Gabriela. El conde es viudo, rico, alegre y relativamente joven. Cuando

ve á Gabriela cinco ó seis días seguidos yendo y viniendo por las grandes salas desiertas, con el plumero en la mano y las mangas recogidas, se enamora de ella y comienza á hacerle la corte de una manera apasionada y tiránica. Ella resiste, oponiendo el escudo de la Honradez á los ataques del Deseo; pero el conde no se da nunca por vencido, y después de agotar los recursos de la dulzura, se decide á hacer uso de la violencia. Triunfa. — Un día, el noble señor recibe la visita de uno de sus mejores amigos que vuelve de un largo viaje; y para festejarle dignamente, manda sacar de sus bodegas las más antiguas botellas de champaña. Los dos camaradas beben hasta emborracharse. De pronto el marqués llama á Gabriela y pregunta á su amigo: «¿Qué tal te parece esta muchacha? — Deliciosa,» responde el otro. Y, para probar que no es mentira lo que dice, levanta la mano con el objeto de acariciar el rostro de Gabriela. El marqués le da una bofetada; luego se bate con él en duelo y le rompe un omoplato. — Desde ese día su amor-capricho se convierte en amor-pasión, y la doncella de servicio comienza á ocupar en su alma y en su palacio el sitio que algunos años atrás había pertenecido á la condesa. Transcurren seis meses. Viene el verano. Ernesto abandona la universidad y va á pasar las vacaciones al lado de su padre. Al llegar al castillo, la primera que sale á recibirle es Gabriela. Ernesto se pone contentísimo al verla, pues desde que por casualidad había bailado con ella, dos años antes, en una fiesta del pueblo vecino, sólo pensaba en volverla á encontrar. — Su alegría, sin em-



bargo, dura muy poco tiempo. La casualidad le hace saber que la muchacha, á quien él creía pura y digna de amor, es la querida de su padre. Él se desespera; llora un poco; reflexiona mucho, y por fin se decide á marcharse para siempre lejos del castillo paterno y á renunciar á su herencia por medio de una carta que escribe al conde algunas horas antes de partir. — El viejo aristócrata se casa al fin con Gabriela.

...Diez años más.— Muere el conde. Muere Gabriela. Cuando Ernesto recibe la noticia de que la que había sido su madrastra á la vez que su novia ha dejado de existir, cree que la noticia es muy antigua, pues para él Gabriela desapareció desde el momento en que dejó de ser pura.

\* \* \*

En la *nouvelle* de Maupassant titulada *La Parure*, el diálogo se entabla desde las primeras líneas y la historia va surgiendo « impersonalmente » entre frases breves y situaciones precisas.

Matilde es una muchacha pobre y orgullosa, que después de soñar durante su juventud en matrimonios nobles y redentores, se ve por fin obligada á casarse con un empleadillo, para no quedarse eternamente soltera. — Entre la casa de sus padres y la casa de su marido no hay sino una diferencia; y es que, mientras en la primera veía resplandecer á lo lejos una esperanza, en la segunda sólo ve la realidad. — La Esperanza era un príncipe que iba á presentarse una mañana para cubrirla de joyas y coronarla de rosas; la Realidad es un pue hero y un traje

de lana. — Sin embargo, Matilde no se queja nunca y sufre el martirio de su burguesía monótona con santa resignación. Por la mañana barre la casa; por la tarde prepara la comida. Cuando el marido sale, ella suspira; cuando el marido vuelve, ella sonríe. — Así pasan los días, y las semanas y los meses, sin que una nota de color ilumine jamás la obscuridad de su existencia. — Una tarde el marido entra más alegre que de costumbre en el hogar. — « Mira — le dice á su mujer — mira »... Y al mismo tiempo le enseña una tarjeta de invitación para el baile del ministro — « ... Mira; me ha costado gran trabajo conseguirla; todos mis compañeros la querían; es un esfuerzo atlético... por ti... aprovéchalo pues. » Ella le responde, con la voz llena de lágrimas, diciendo que no tiene traje, que no tiene joyas, que no tiene humor. — « El traje — concluye él — te lo regalo yo; la joyas, te las prestará tu amiga Forestier; el humor vendrá solo. » En efecto: el día del baile Matilde se presenta en casa del ministro con una *toilette* deliciosa que envuelve de un modo divino su cuerpo de amazona, con un aderezo de brillantes que su buena amiga le ha dado prestado, y con una sonrisa inédita que ella ha sabido inventar para el lance. Goza, se divierte y triunfa entre miradas envidiosas. Al fin termina el baile. Matilde regresa en un coche de alquiler. Lo primero que nota, al entrar en su bohardilla, es que el aderezo se ha perdido... ¡Desesperación!... Buscan, y no encuentran nada. Al fin se deciden á comprar uno nuevo, casi igual, para devolverlo á la señora Forestier. Venden lo que tie-



nen en cinco ó seis mil francos... pero eso no basta... es necesario conseguir diez ó quince mil. Un usurero les proporciona la suma, al cuarenta por ciento de interés. Durante diez años, casi todo lo que gana el empleadillo es para ir amortizando la deuda. Entre tanto Matilde trabaja y envejece. — Una tarde, cuando ya no deben un real, después de comer mal durante « tres mil seiscientos cuarenta días », Matilde va á dar un paseo; en la calle encuentra por casualidad á su amiga Forestier; la saluda y le habla de mil cosas... luego le cuenta la historia del aderezo. « ¡ Desgraciada! — responde ésta — mis brillantes eran falsos y no valían ni cien duros. »

\*  
\* \*

He analizado rápidamente una novela corta de Mau-  
passant y un cuento de Heyse, con objeto de hacer no-  
tar prácticamente la diferencia que entre ambos escri-  
tores existe; y para que el ejemplo fuese gráfico, tuve  
cuidado de escoger la verdadera obra maestra de  
cada uno de ellos. Ahora echo de ver, sin embargo,  
que quizá habría sido más útil hacer un estudio  
breve de *Monstres Parisiens* de Catulle Mendés y  
*Roman der Stifsdame* de Paul Heyse, pues estas  
obras nos habrían ayudado á comprender más fá-  
cilmente que *El Castillo* y *el Aderezo*, la distancia  
que va de un cuentista alemán á un cuentista fran-  
cés. « En Francia — dice Morsier — la novela y el  
cuento sólo se diferencian por las proporciones; una  
novela, entre nosotros, es un cuento alargado, y un

cuento es una novela en compendio. » Lo mismo po-  
dría decirse de España.

Desde que murió Fernán Caballero, en efecto, to-  
dos nuestros cuentistas son noveladores rápidos y to-  
dos nuestros noveladores son cuentistas prolijos.  
Tan poca diferencia hacemos entre una novela y  
un cuento, que muchos de nuestros literatos abre-  
vian sus grandes narraciones para hacer cuentos y  
alargan sus historias cortas para hacer novelas. —  
De allí ha nacido una confusión de géneros, que ya  
debe de inquietar á los retóricos de la Academia.

La cosa, sin embargo, no es muy grave, pues si  
hemos perdido el cuento, en cambio hemos ganado  
la novela corta. Hablar de « anarquía en los métodos »  
es inútil. La historieta tradicional no ha cambiado,  
sino que ha desaparecido; lo único que de ella nos  
queda es el título. ¿Será necesario perderlo también  
para ser justos en la manera de calificar? Yo creo que  
no. Yo creo que para no romper el hilo de nuestras  
costumbres literarias, lo mejor es seguir ignorando  
las divisiones sutiles y decir, cada vez que se pre-  
sente la oportunidad: « esta novela de Emilia Pardo,  
es deliciosa », y « este cuento de Armando Palacio  
es encantador », aunque la primera sea un cuento  
de trescientas páginas y el segundo una novela de  
cien líneas.